

Examen de conciencia

Yo soy uno de los pocos espectadores que la semana pasada asistieron a una de las representaciones de *Refugiados*, la obra de Sergi Pompermayer que ha puesto magníficamente en escena el grupo *Cia Expresamente* en el salón de actos del instituto *Los Pedroches* de Pozoblanco. La obra –dura, durísima– critica la manipulación que de la realidad hacen políticos y medios de comunicación, la utilización del sufrimiento como espectáculo y, también, esa cerda capacidad de los humanos, en su papel de público, para alimentarse con su propio estiércol.

De entre todas estas críticas, me interesa resaltar aquí la de los medios de comunicación. Ya sé que la obra se dirige más bien hacia quienes convierten la actualidad en un *reality show* con el único fin de incrementar los índices de audiencia y, con ellos, su prestigio personal y el volumen de su cartera. En España, sin ir más lejos, reputados periodistas de radio y televisión, tenidos en otro tiempo como referencia para el resto de los profesionales, se han vendido por el plato de lentejas de unos cuantos cientos de miles de euros para poner su talento a disposición de la *Sociedad de amigos del lodazal*, con los mismos argumentos autojustificativos que le leí a la psicóloga de *Gran Hermano* en una revista especializada.

Me interesa resaltarla, sobre todo, por cuanto de examen de conciencia tiene para uno mismo, que escribe en una página casi perdida de un modesto periódico comarcal una pequeña columna, pero que cuando en la soledad de una habitación se sienta ante el ordenador para dirigirse a un lector anónimo siente el vértigo de la responsabilidad. ¿Habré sido demasiado duro, demasiado blando? ¿Actuaré desde esa neutralidad conformista de quien no quiere mojarse? ¿Cegaran mi capacidad de análisis mis prejuicios –que los tengo– o mis ideas –que también las tengo–? ¿Me dejaré llevar por la ira, por la vanidad, por mis intereses, por las opiniones de otros? ¿De entre todas las formas posibles, habré escogido la más eficaz y menos dolorosa?

Nunca lo sé. Tengo claro que la responsabilidad y la duda no deben encogerme, pero también que cuando escribo empuño un arma, y sé que las armas, como los dedos índices, están cargadas por el diablo. Otra cosa es de lo que después uno es capaz.

Juan Bosco Castilla